



**NOELIA  
AMARILLO**

**MORDER  
TUS LABIOS  
SOBRE SÁBANAS  
DE SEDA**

*Morder tus labios sobre  
sábanas de seda*

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Maxim Safronov y Intarapong / Shutterstock

Primera edición: enero de 2021  
ISBN: 978-84-08-23622-1  
Depósito legal: B. 20.946-2020  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.  
*Printed in Spain - Impreso en España*

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación de la autora o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web de la autora o de terceros ni de sus contenidos, ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



*Cuando, cinco años después del fraternal encuentro, nos enteramos de que nuestra protagonista sufre ciertos apuros económicos...*

...Ayer nos cortaron la luz, por lo visto llevamos sin pagarla varios meses. Así que esta mañana mi madre ha convencido a uno de sus «amigos» para que nos puenteara el contador a cambio de un polvo. Odio que haga eso. Al menos, el tipo era de otro pueblo. Lo bueno es que ya tenemos luz otra vez. Y gratis.

Ojalá mamá no hubiera comprado esta casa. Es demasiado grande, está llena de corrientes de aire, tiene goteras y huele mal. ¿Para qué queremos una enorme casa de dos plantas que se construyó el siglo pasado? Es ridículo. Sólo somos dos.

Creo que está tan obsesionada con el palacio de las Viudas que no soporta vivir en una casa pequeña, y por eso compró ésta. Y ni de coña podemos pagarla. Ni siquiera nos llega para calentarla en invierno. ¡Si casi ni la hemos amueblado!

(Agosto de 2003, de un e-mail que Marilia le envió a Índigo durante las —aburridísimas— vacaciones de verano de esta última.)

\* \* \*

*Y he aquí el momento en el que os presento al protagonista masculino de esta historia, quien, por cierto, también está un poco harto de su familia...*

*Madrid, agosto de 2003*

Nath apoyó los codos en el ostentoso escritorio y se mesó el corto cabello negro de rizos disciplinados con cera, alborotando lo que tanto le había costado domar. Observó frustrado las tres pilas de documentos dispuestas en perfecta simetría sobre el lujoso vade. Unos documentos plagados de cifras inquietantes que había estudiado incansable durante el último mes sin hallar solución a los problemas que representaban.

Se retrepó en la butaca de piel y ésta, con la deferencia propia de los muebles de lujo, se inclinó con docilidad para proporcionar la esperada comodidad a su dueño, quien subió los pies al carísimo escritorio, sonriendo para sí al imaginar la reacción de su madre si lo pillara en esa postura. Una reacción que jamás vería, pues nunca se le ocurriría hacer pública su pequeña rebeldía. Había recibido una educación demasiado exquisita y esmerada como para comportarse como un ordinario, su dignidad se lo impedía. Pero no le impedía soñar despierto con ser un vulgar gamberro. Era divertido y no le hacía daño a nadie.

Se imaginó haciendo lo que haría cualquier tipo de veinticuatro años sin más ambiciones que pasarlo bien con sus amigos y salir con una mujer bonita de vez en cuando. Un tipo que todavía vivía en casa de su familia, como él, pero que, al contrario que él, tendría un padre cabal que se ocuparía con tino de las cuestiones económicas y una madre cariñosa y ahorradora que se preocuparía por llegar a fin de mes. Unos padres que siempre tendrían una palabra amable y una sonrisa en los labios. Que se sentirían orgullosos de sus logros. Un padre que no le dejaría en herencia una plétora de deudas y una madre que no lo miraría acusadora cuando se opusiera a sus caprichos.

Pero no se podía tener todo en este mundo.

Bajó los pies al suelo recuperando su postura erguida y observó los documentos. Tenía que haber una solución. De hecho, la había, aunque no le gustaría a su madre. No cabía duda de que estaban a punto de tener una entretenida conversación. Volvió a hundirse los dedos en el pelo mientras cavilaba sobre la mejor manera de

exponer la solución que se le había ocurrido. Que, de hecho, ya había puesto en marcha.

Lo más probable era que le retirara la palabra disgustada.

Entrecerró los ojos pensativo. ¿Eso sería bueno o malo?

Bueno, sin lugar a dudas, un merecido descanso para sus oídos.

Sonrió. Pero la sonrisa no tardó en borrarse de sus labios al percatarse de que el portacorrespondencia no era el de siempre. O era otro o la piel había rejuvenecido perdiendo las máculas que estropeaban sus distinguidas formas. Y, puesto que el cirujano plástico de su madre no se rebajaría a operar a un objeto, llegó a la conclusión de que era nuevo, lo que indicaba que su derrochadora progenitora lo había comprado esa mañana.

Y eso a pesar de que le había prohibido expresamente comprar nada.

Lo cogió conteniendo apenas la rabia. Era de piel, por supuesto, con base de caoba y detalles repujados. Y no debía de haber costado menos de doscientos euros, seguramente más.

Estupendo. Simplemente estupendo.

Tomó uno de los avisos de impagos del primer montón de documentos, aquel que contenía los que podía pagar, y lo trasladó al de los que debía aplazar. El acreedor tendría que esperar un poco más para cobrarlo. Y, si no le gustaba, que lo denunciara. No sería el primero que lo hiciera. Tampoco el último.

Fijó la mirada en el tercer montón. Amenazantes cartas de abogados que, si no hacía nada por evitarlo, se convertirían en un cuarto montón, el de avisos de embargo.

¿Tan malo sería dejar que todo se hundiera y desaparecer del mapa? Con un poco de suerte, su madre lo repudiaría y no tendría que volver a verla nunca más.

Era una perspectiva halagüeña.

Se recreó unos instantes en esa posibilidad antes de sacudir la cabeza. Su estúpido sentido de la responsabilidad jamás le permitiría desentenderse de ella tan fácilmente. Además, no era la única persona que tenía a su cargo.

Y, como si pensar en él lo hubiera conjurado, la puerta del despacho se abrió dando paso a su hermano menor.

Jon acababa de cumplir dieciocho años y no podían ser más distintos. Era alto y esbelto, sin los kilos que le sobraban a Nath. Su pelo era liso y rubio en lugar de rizado y oscuro. Su piel clara en lugar de morena y las líneas de su rostro suaves, casi dulces, en contraposición con los marcados rasgos de él. Las cejas finas y arqueadas, nada que ver con las suyas, gruesas y pobladas. Lo único que ambos compartían eran los intensos ojos azules que habían heredado de su madre.

—Hermano, necesito hablar contigo —dijo el joven con tono solemne.

Nath frunció el ceño, Jon sólo lo llamaba «hermano» cuando tenía problemas y necesitaba que se los resolviera, algo que solía ocurrir con frecuencia.

—Me he metido en un lío...

—No tengo dinero para pagar tus deudas, así que vas a tener que dejar que te rompan las piernas —le advirtió Nath sin asomo de burla en la voz. Aunque ambos sabían que estaba bromeando. O tal vez no.

—No es por eso —musitó el muchacho ofendido a la vez que se frotaba la nariz.

—Tampoco tengo dinero para pagarte un tabique nasal de platino...

Jon lo miró sin entender.

—Te sangra la nariz —señaló Nath.

—Últimamente la tengo un poco irritada. —Se la limpió con un pañuelo de seda.

—Tal vez si dejaras de esnifar cocaína dejaría de sangrarte.

—Siempre piensas lo peor de mí —lo acusó malhumorado.

—¿Por qué será? —resopló Nath.

—No es culpa mía si...

—No sigas por ahí, Jon. Si has entrado aquí es porque necesitas algo de mí, y en ese caso no te interesa cabrearme con tus excusas estúpidas.

El muchacho lo miró compungido, sus labios curvados en una mueca de pesar y sus ojos llenos de lágrimas no derramadas harían creer a cualquiera que estaba profundamente arrepentido. Pero

Nath, que estaba vacunado contra su carisma, arqueó una ceja instándolo a que dejara de actuar.

—Vaaale. —Jon se dejó caer sobre la elegante butaca que había frente al escritorio y colgó la pierna en el reposabrazos con indolencia—. He preñado a una chica.

—Has hecho ¿qué? —Nath lo miró perplejo, sus intensos ojos azules tan abiertos que parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Son cosas que pasan. —Se encogió de hombros restándole importancia.

—No. No lo son. Para eso están los preservativos, para que no pasen.

—Se me olvidó ponérmelo.

—¿Cómo se te pudo olvidar?

—Nos entró el calentón y...

—Era una pregunta retórica —lo cortó Nath—. ¿Estás seguro de que es tuyo?

—Eso dice ella.

—¿Puedo suponer que estabas borracho?

—¿Ésa es otra pregunta retórica, hermano?

Nath fijó en él una penetrante mirada y optó por responder él mismo a su pregunta.

—Sí, por supuesto. Seguramente tan borracho o drogado como acostumbras a estar.

Jon se encogió de hombros, confirmando la intuición del moreno.

—Así que, para que me quede claro, follaste sin condón con una chica que resulta que se ha quedado embarazada. Y, según dice ella, eres el padre. ¿Es más o menos así?

Jon asintió.

—Y, por curiosidad, ¿la conoces desde hace algún tiempo o sólo fue un rollo de una desafortunada noche?

—La conozco desde hace un par de meses, pero sólo follamos el día que nos conocimos. No lo hemos vuelto a hacer —confesó en un arranque de sinceridad—. Creo que no le caigo muy bien. —Fruunció el ceño molesto.

—Entiendo ese sentimiento, a mí tampoco me caes muy bien



ahora mismo —masculló Nath masajeándose las sienes—. ¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez no seas el padre? ¿Que quizá sólo afirma que lo eres porque ha visto el Audi que te compró madre —apretó los labios furioso al mencionar el inoportuno regalo— y el dinero que gastas sin medida, como si nos sobrara, y ha pensado que estás forrado?

—Sí lo he pensado. Pero tú no la conoces. A ella le trae sin cuidado el dinero o la posición social. Ella es auténtica. La mujer más auténtica que he conocido —afirmó Jon con inusitada seriedad—. Si Avril dice que el niño es mío, lo es.

—¿Y si dijera que la lluvia es la meada de los angelitos del cielo también la creerías? —le reclamó colérico al ver que se empeñaba en dar veracidad a una puñetera bomba de relojería que iba a complicarle la vida un poco más. Porque, para qué engañarse, todos los problemas de todos los miembros de la familia acababan sobre sus hombros.

Y, joder, su espalda se estaba quedando sin espacio para cargar con todo.

—Quiero que sea mío. Sería bueno para mí —afirmó Jon con insólita firmeza—. Sé que estás hasta el cuello de deudas...

—Estamos —lo corrigió Nath.

—Estamos —aceptó Jon—, y sé que yo no estoy ayudando mucho.

—Más bien nada.

—Pero no es culpa mía —se encogió de hombros—. Mamá siempre me ha consentido y papá nunca me tomó en serio. Y, para qué engañarnos, eso me viene de perlas. Prefiero hacer lo que me da la gana a vivir agobiado y ser un amargado como tú —reconoció con una engreída sonrisa—. Pero la cuestión es que soy un irresponsable encantador. Si papá me hubiera confiado algunas responsabilidades como hizo contigo y hubiera creído en mí la mitad de lo que creía en ti, yo sería diferente. Sería responsable, serio, previsor y un soso de cojones, igual que tú. Pero papá siempre pasó de mí y se volcó en ti. Así que... no puedes echarme la culpa de que sea como soy.

—¿Ahora tengo yo la culpa de tu... compleja personalidad?

—bufó Nath molesto, porque tenía razón. Si su padre hubiera tenido la decencia de prestar a Jon un mínimo de atención, éste sería muy distinto. O tal vez no. Su hermano era igual que su caprichosa madre, mientras que él había salido a... A Dios sabría quién, porque por fortuna tampoco había heredado el carácter de su imprudente y estricto padre, aunque sí su grotesco físico y sus rasgos mediterráneos.

—Sólo digo la verdad —replicó Jon—. Las cosas son como son y sé que mamá y yo siempre podremos contar con que vas a cuidar de nosotros.

—No sabes cuánto me tranquiliza que pienses eso —rezongó Nath reclinándose en la silla. Por un instante estuvo a punto de poner los pies en la mesa. Si su hermano podía sentarse desmadrado, por qué no iba a hacerlo él.

Porque si se comportaba con la misma desidia que Jon, éste dejaría de tomarlo en serio y perdería la poca influencia que tenía sobre él. La actitud lo era todo. Eso era lo único bueno que le había enseñado su padre. Y ahora mismo lo único con lo que podía combatir la inminente ruina era la actitud.

—Sé que necesitas que me centre, que sea un poco más responsable —afirmó Jon.

—Es un alivio que te hayas dado cuenta.

—Y creo —continuó ignorando su pulla— que, si tengo un hijo, seré más responsable.

—Ésa es la mayor estupidez que has dicho nunca. Y has dicho incontables estupideces desde que aprendiste a hablar —apuntó Nath con un gruñido.

—¡Qué va! Piénsalo un poco. Si tuviera un bebé tendría que ser responsable. Tendría alguien que confiaría en mí, que me necesitaría. Alguien que me contaría sus problemas y a quien yo se los resolvería. Le enseñaría todo lo que sé.

—Que es bien poco —lo interrumpió con un bufido.

—Joder, Nath, sería bueno para mí. Puedo hacerme cargo de un bebé.

—Por supuesto, cuidar de un bebé está chupado. Sólo comen, duermen y cagan. Hasta tú serías capaz de atenderlo. Tendrías que

estar disponible para él en todo momento y pasar las noches en vela, aunque tampoco es que te vaya a costar mucho; al fin y al cabo, jamás duermes de noche. Lo malo es que tendrás que trasnochar en casa en lugar de en los garitos de moda, y eso suele ser un poco más aburrido que estar de juerga con los amigos. Pero podrás con ello. De hecho, te lo vas a pasar en grande, sobre todo cuando enferme y tengas que limpiar sus vómitos. Va a ser divertidísimo.

Jon miró a su hermano mayor como si estuviera viendo el final de su vida tras un túnel oscuro y la única salida estuviera cegada con alambre de espino.

—No se hable más, vete con esa chica y pídele matrimonio, porque imagino que querrás hacer las cosas bien, ¿verdad? Y, como voy a vender la casa, con lo que me quede tras pagar las deudas, tal vez pueda comprar un pisito de tres habitaciones, una para mamá, otra para mí y otra para vosotros.

—¿Vas a vender la casa? —Jon lo miró perplejo.

—Eso pretendo —masculló Nath mesándose el cada vez más alborotado pelo.

—¿Tan mal están las cosas?

—Están peor —musitó con un tono tan vencido que Jon sintió miedo.

Su hermano mayor era la roca en la que siempre se apoyaban, verlo tan abatido era aterrador.

—Tal vez tener ese bebé no sea una buena idea.

—No. No lo es.

—Le diré a Avril que no quiero saber nada, que cualquiera puede ser el padre y que se busque la vida.

—No —rechazó Nath. Mientras hubiera la más remota posibilidad de que el crío fuera de su hermano, tendría una espada de Damocles acariciándole la garganta. Había que terminar con eso ya—. Le propondrás que aborte, yo pagaré la operación.

—No quiere, ya se lo dije —confesó Jon—. Fue lo primero que se me ocurrió cuando me contó que estaba preñada.

—Supongo que pensará que le sale más a cuenta tener el bebé y recibir una jugosa pensión mensual. Muy bien, dile que venga a ha-

blar conmigo, le explicaré que tú no tienes nada y que no va a sacar un euro de mí, tal vez se lo replantee.

—No es por eso. Avril no me ha pedido nada, sólo me ha informado de que está embarazada y es mío. Además, está de cuatro meses, ya no puede abortar.

—Sí que ha esperado para decírtelo —resopló.

—No se ha dado cuenta hasta ahora.

—Desde luego, tu novia es tan responsable como tú —gruñó—. Le haremos las pruebas de paternidad y, si no es tuyo, que se las apañe como pueda.

—¿Y si lo es?

—Si lo es, nos lo quedaremos —oyeron la voz de su madre en la puerta.

Nath cerró los ojos. Eso iba de mal en peor. ¿Cuánto tiempo llevaba escuchando?

—Déjanos solos, Jonathan —le pidió Marga.

Jon, como el cobarde que era, soltó un suspiro de puro alivio y salió del despacho.

—Vas a vender la casa en la que hemos vivido toda nuestra vida —lo acusó su madre.

—No sé si te has enterado, pero quizá Jon te haga abuela dentro de unos meses —comentó Nath mordaz—. Tal vez quieras que lo comentemos...

—No digas estupideces. Esa mujer es sólo una putita con ínfulas que se cree más lista que tu hermano.

—Lo cual no es difícil —señaló Nath.

—Los hay que tienen una calculadora en la cabeza y los hay que tienen un enorme corazón —replicó Marga con desprecio. Y Nath sabía de sobra qué era lo que tenía él—. En cuanto te encargues de que esa zorra entienda que no va a sacar nada de nosotros, el bebé desaparecerá —se encogió de hombros con la misma indiferencia que su hijo menor—. No vas a vender la casa. Te lo prohíbo.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? Jon te dice que tal vez haya dejado embarazada a una chica y tú ni siquiera pestañeas —murmuró atónito. Su madre siempre hacía la vista gorda ante las trope-

lías de su hermano, pero había esperado que en esta ocasión se lo tomara más en serio. Que al menos se enfadara y lo amonestara.

—Un error lo tiene cualquiera —replicó ella con desidia.

—¿Un error? Por favor, madre, ha tenido relaciones sin protección, dejar preñada a una chica podría ser la menor de las consecuencias. —Ella arqueó una ceja y él señaló mordaz—: Existe una cosa bastante jodida llamada enfermedades de transmisión sexual...

—A tu padre le encantaría oírte usar ese lenguaje —ironizó altanera, y Nath tuvo que esforzarse para no sentirse de nuevo el niño torpe, gordo y desagradecido que, por mucho que lo intentara, jamás lograba complacer a su padre. Ni a su madre.

—A padre le molestaría bastante más que mi hermano no recibiera ninguna reprimenda por tu parte. Aunque tampoco le extrañaría, no puede decirse que lo hayas regañado una sola vez en su vida —la acusó.

Ella lo miró con suficiencia.

—Creí que ya habías dejado de tener celos de Jonathan. Por lo visto, me equivoqué.

—Por supuesto, la envidia me corroe —resopló Nath, ocultando bajo el sarcasmo la verdad subyacente en su afirmación—. Lo tienes demasiado consentido, madre, debes hacer algo. No puede continuar así.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Ser más dura, más intransigente, menos permisiva.

—¿Como lo fue tu padre contigo?

Nath echó la cabeza hacia atrás como si lo hubieran golpeado y hubo de hacer un ímprobo esfuerzo para mostrarse tan impasible como le habían enseñado a ser.

—Por ejemplo.

Ella lo miró con tanto desprecio que Nath deseó poder hacerse invisible, tal y como había deseado mil veces en su infancia.

—No permitiré que mi hijo menor se convierta en una aberrante copia de tu padre, tengo más que suficiente con un hijo así.

—Desde luego, es mucho mejor que Jon haya salido a ti, capri-

choso, manirroto e irresponsable —arguyó molesto por el insulto implícito.

—Prefiero eso a que sea un monstruo frío y despótico. Al menos Jonathan me quiere, y me lo demuestra cada día.

—El amor se demuestra de muchas maneras, madre, y una de ellas es no llevando a la familia a la ruina robándonos dinero o pidiéndoselo a usureros cuando no consigue escamoteármelo —dijo con rabia. Apretó los dientes tratando de contener su lengua, pero no lo consiguió. Las siguientes palabras estallaron implacables—. Tampoco comprando joyas que no necesitas ni portacorrespondencias que no quiero. —Se puso en pie, agarró el innecesario objeto y lo estrelló colérico contra la pared.

Ella lo miró altiva.

—Tu padre al menos sabía controlarse —dijo con gélido desprecio—. No te equivoques, Jonathan no tiene culpa de nada. Si esta familia está pasando ciertos apuros económicos es...

—¿Ciertos apuros, madre? Estamos en la ruina —la cortó atónito, ¿cómo era posible que no quisiera ver la insostenible situación en la que se encontraban?

—Si nuestra situación es delicada —continuó Marga fulminándolo con la mirada— es debido a la desidia de tu padre y a su ineptitud a la hora de emprender negocios.

Nath gruñó frustrado, desde luego no podía acusarla de mentir. Era su padre quien los había llevado a esa situación, con la inestimable ayuda de su irresponsable hermano y su derrochadora madre, todo sea dicho.

—Tú eres igual que él —zanjó Marga con desprecio.

Nath la miró herido antes de conseguir recuperar su forzada impasibilidad.

—Y, sin embargo, soy quien va a sacar a esta familia de la ruina —afirmó arrogante.

—Vendiendo nuestra casa.

—¡Vendiendo lo que haga falta! —estalló.

Su madre entrecerró los ojos suspicaz.

—¿Qué más vas a vender?

—Todo lo que me quieran comprar... Las tierras, los coches...

—¿El Audi de tu hermano también? —jadeó horrorizada.

—Pues sí, aunque en realidad lo considero mío; al fin y al cabo, el préstamo que pediste para comprarlo lo estoy pagando yo.

—¿Tanta envidia le tienes que vas a arrebatárselo? Ni siquiera tú puedes ser tan zafio. O tal vez sí. —Lo miró asqueada—. ¿Te has parado a pensar en la situación en la que lo pondrás cuando sus amigos lo vean viajar en taxi en lugar de en su propio coche?

—Tal vez piensen que no tenemos dinero y que las deudas nos están asfixiando —ironizó él—. Y no viajará en taxi, sino en transporte público.

Ella abrió los ojos escandalizada. No sería capaz. Oh, sí. Sí lo sería. Su hijo mayor no tenía corazón y la envidia y el rencor siempre lo azuzaban contra su hermano.

—Vende las empresas de tu padre —ordenó.

—¿Qué empresas? Sólo eran nombres sin propiedades, nada más. No hay ningún activo. Ningún inmueble. Lo único que tenemos es esta casa.

—Y las tierras de...

—Ya están en venta, no valen nada.

—Hipoteca la casa, pero no la vendas.

—Lo que necesitamos es cancelar préstamos, no pedir uno nuevo —rechazó Nath con rotundidad—. Esta casa es demasiado grande y está en un barrio muy caro. No necesitamos quinientos metros cuadrados para vivir, sólo somos tres personas.

—¿Y por eso vas a recluirnos en un cuchitril de tres habitaciones? —Se estremeció.

—En realidad pretendo alquilar un estudio en el que vivir todos juntitos y en armonía —mintió sarcástico. Nada le apetecía menos que compartir dormitorio con su hermano y su madre, pero si no le quedaba otro remedio lo haría.

—No bromees con eso.

—No estoy bromeando, madre.

—Así que nos vas a dejar sin casa para conseguir dinero —obvió su afirmación. Había cosas que eran simplemente inconcebibles—. ¿Y crees que ese dinero durará eternamente? —resopló sarcástica.

—No quiero que dure, quiero invertirlo en un negocio.

—Eres como tu padre —dijo con desprecio—. Venderás la casa y nos dejarás en la calle para crear una empresa que fracasará, igual que todas las que montó.

—No voy a dejaros en la calle, aunque me siento muy tentado de hacerlo. Venderé la casa para pagar las deudas, y con lo que sobre compraré un bar de copas. —Uno que pensaba convertir en un garito orientado al sexo más inusual y extravagante. Pero no pensaba informarla de eso aún. Sería más divertido darle el disgusto cuando el negocio despegara y comenzara a dar beneficios, si es que los daba.

—Es la mayor insensatez que he oído nunca. Ni siquiera tu padre fue tan estúpido como para montar un tugurio. No permitiré que vendas la casa.

—No necesito tu permiso, padre la puso a mi nombre hace años. —Era lo único inteligente que había hecho en su vida. No quería ni pensar lo que habría ocurrido si Marga y Jon hubieran heredado su única propiedad libre de deudas—. Legalmente es mía y puedo disponer de ella como quiera.

—Vas a conseguir que acabemos viviendo como pordioseros.

—Dudo que los pordioseros tengan vestidos tan caros como los tuyos —señaló Nath—. Por cierto, revisa tu armario y selecciona los vestidos, zapatos, bolsos y abrigos más caros para que pueda venderlos, toda ayuda a la causa será bien recibida.

Marga miró con arrogante desprecio a su hijo mayor, giró sobre sus pies calzados en unos elegantes Ferragamo y salió del despacho.